

Día común, doble vida. Sobre *Historia de un clan* (Luis Ortega, 2015)

por Pablo Gullino*



Historia de un clan es una miniserie de televisión argentina de 11 capítulos, transmitida por Telefé para Argentina, y por la cadena TNT para el resto de Latinoamérica, estrenada en septiembre de 2015. Cuenta la historia de los Puccio, familia que entre 1982 y 1985 secuestró y asesinó a empresarios e integrantes de la alta sociedad. El ingreso del espectador en el relato se da a partir de un punto relativamente conocido para la audiencia argentina, el momento en el que son descubiertos y encarcelados. Por eso vemos a Alejandro Puccio en Tribunales. No es una narración completamente lineal en este sentido, por lo que resulta interesante indagar en la psicología de estos personajes. La serie tiene la estructura de un drama psicológico, donde en primer plano están los personajes y los ambientes mientras que las situaciones avanzan poco.

La primera víctima fue Ricardo Manoukian (en la ficción el personaje porta el nombre de Federico Olsen), secuestrado el 22 de julio de 1982. Estaba entrenado para evitar un secuestro después de que su tío fuera secuestrado, sin embargo fue emboscado porque era amigo de Alejandro Puccio. El 5 de mayo de 1983 el clan secuestró a Eduardo Aulet (Franco Rizzo en la ficción), un ingeniero industrial jugador de rugby, quien fue capturado cuando se dirigía a su trabajo en su vehículo. Al igual que sucedió con Manoukian, la familia pagó el rescate, pero Aulet fue asesinado. El tercer secuestro tuvo como protagonista al empresario Emilio Naum, dueño de las tiendas McTaylor. Al momento de llevar a cabo el acto, Naum se resistió y uno de los secuaces de la banda lo ejecutó con un tiro de pistola. El 23 de agosto de 1985 la policía allanó la casa de los Puccio, ya cuando el clan había efectuado su cuarto secuestro, la empresaria Nélida Bollini de Prado, quien llevaba un mes en cautiverio y pudo ser liberada.

Dirigida por Luis Ortega la serie compuesta de trece capítulos está protagonizada por Alejandro Awada (Arquímedes, el padre), Ricardo "Chino" Darín (Alejandro, el hijo mayor), Cecilia Roth (Epifanía, la madre), Nazareno Casero (Daniel "Maguila", el otro hijo varón), María Soldi (Silvia, la tercer hija) y Rita Pauls (Adriana, la hija menor). Completan el elenco el resto de la banda delictiva, Tristán (Coronel Franco), Pablo Cedrón (Labarde) y Gustavo Garzón (Rojas).

El periodo de actividad delictiva de la banda se ubica en el marco de transición entre la dictadura militar que no quería abandonar los espacios de poder conseguidos frente al advenimiento de la democracia. Una de las primeras acciones para evadir a la justicia fue la difusión de un muy autoindulgente "Informe Final" emitido por Cadena Nacional en 1983, antes de entregar el poder al gobierno democrático. Durante estos primeros años, el gobierno de Raúl Alfonsín fue asediado continuamente por aquellos que se oponían a que los responsables de los crímenes cometidos en el marco del Terrorismo de Estado fueran juzgados. Un punto extremo de este conflicto llegó con los alzamientos militares producidos entre 1987 y 1990. Fueron múltiples los

intentos de los militares de evitar caer en manos de la justicia. Muchos de ellos, recurrieron a argumentos vinculados a una guerra no convencional, otros, como Arquímedes Puccio, denunciaron *complots* y conspiraciones de las autoridades judiciales que les tendieron una trampa. Este contexto de resistencia se ve reflejado en la serie. En el primer capítulo, el televisor que se encuentra en la cocina del caserón nos anuncia el conflicto por las Islas Malvinas. Y en el segundo capítulo, el mismo televisor nos devuelve la imagen con la declaración de Leopoldo Galtieri anunciando la derrota argentina en la contienda. Estas alusiones a la guerra están también en la calle mientras Arquímedes barre la vereda vemos en la pared un cartel de la campaña belicista del gobierno militar que reza: “Ya estamos ganando”. Ese cartel, que queda anacrónico en relación a lo que escuchamos en la televisión, es como esta familia que se resiste a perder la posición alcanzada durante la dictadura. Arquímedes fue parte de la alianza Anti Comunista Argentina y parte del Batallón de Inteligencia 601. Es decir, posee un pasado vinculado fuertemente a la represión ilegal. El personaje interpretado por Awada tiene un marcado desprecio por la autoridad estatal legal, la policía, los “botones”. La violencia para el personaje de Arquímedes debe ejercerse sólo en un marco de silencio y complicidad, en el marco en la que él y sus cómplices fueron formados y están acostumbrados a trabajar, en dictadura.

La vida no es sueño, es teatro

Aunque gran parte de la serie descansa en los diálogos de Arquímedes y Alejandro, es a Epifanía Calvo, la mujer de Arquímedes, a quien menos le cuesta transitar entre estos dos mundos. Es ella la que está siempre en la casa y la que se encarga de mantener la limpieza de la parte que todos ven y la del “hotel de fantasmas” una vez que el huésped abandonó la habitación. En varios momentos de la serie son sus diálogos (“No digas gaseosa, que es mersa”; “No digas malla decí traje de baño, que sino me suena mal al oído”) los que nos permiten entender una de las grandes necesidades del personaje: pertenecer.

Pertenecer a ese barrio y a ese grupo social de viajes a Europa, empleada doméstica, cenas con champagne, los chicos en el CASI¹ o en colegios privados. En el primer capítulo, a modo de presentación del personaje, Epifanía le asegura a su marido que le interesa progresar económicamente “cómo sea”, porque “no tiene nada de malo querer pertenecer. Yo quiero que el apellido Puccio esté en la guía azul”. La narración de la serie está en la cotidianidad de la familia Puccio y en las distintas relaciones que se daban entre sus miembros. Nos situamos tanto en la intimidad de una familia “normal” para el afuera pero también en la oscuridad de su forma de ganarse la vida.



La serie busca representar la realidad en términos de una serie de fragmentos, impresiones subjetivas, actos incoherentes y asociaciones sueltas. Al cierre del segundo capítulo, el final tuvo un formato musical. Las dos hijas de la familia Puccio -que en la ficción son las menos involucradas, casi “inocentes”- en la cena familiar colocaron a padre, madre y hermanos las caretas que usaron para presentarse ante el primer secuestrado (las caras de Videla, Eva Perón,

¹ Club Atlético de San Isidro.

Menotti y Gardel) para realizar una coreografía mientras sonaba un tema de Serú Girán a modo de advertencia del trágico final. ("Es que hay otro en tu lugar que dice/ "Vamos, vamos, la fama/ La oportunidad está aquí"/ Lo mismo me pasó a mí, lo tienes/ Todo, todo y no hay nada). Al mismo tiempo, Tristán en la piel de El Coronel tiene una muy memorable escena cuando baja al sótano con un globo rojo en su única mano y empieza a cantarle a su secuestrado. Esta escena actúa como signo-símbolo (Casetti- Di Chio, 1991), una correspondencia codificada que se designa sobre la base de una norma convenida entre emisores y receptores. En este caso como referencia a miniserie televisiva *It* (Tommy Lee Wallace, 1990. Basado en la novela de Stephen King) donde el monstruo protagonista del film utiliza globos rojos y esconde a sus víctimas bajo tierra, como el sótano de los Puccio.

También en el comienzo del episodio tres, Alejandro Puccio se sueña asesinando a dos de sus hermanos y a su padre, quien intenta cubrirse inútilmente con un ejemplar de la autobiografía de Adolf Hitler. Alex es el personaje que en esta ficción está en una encrucijada, debe elegir entre las formas de la mano de obra desocupada de la dictadura y su carrera como rugbier y la vida con su novia. Su hermano le dice: "Vos querés ser Dios y el diablo y no sos ninguno de los dos. Sos el pelotudo que está en el medio". El momento de transición está también en su cabeza y convive en absoluto caos. Aunque no logra persuadirnos de querer abandonar honestamente la comodidad de la vida familiar. Arquímedes es un líder fuerte, manipulador. Estos calificativos valen para su familia y para su banda delictiva. Pero este no es el reflejo que dejaban los Puccio en el barrio, con sus vecinos. Esa dualidad de dimensiones, entre el glamoroso mundo al que aspiraba pertenecer el clan y en el que construían puertas y secuestrados adentro, se materializa estéticamente en el contraste en las tonalidades de colores de la imagen. Por ejemplo, las casas de los secuestrados van tornando a una tonalidad más oscura cuando estos ya son cautivos de la banda. Los hijos de Angélica Bolena realizan las negociaciones en un galpón de la funeraria, los padres de Federico Olsen tienen sus contactos telefónicos en una casa con persianas bajas.

Antes de los secuestros estos ámbitos no poseían la oscuridad, los claroscuros a los que el clan los empuja. Esta dualidad de la imagen se ve también en, por ejemplo, la escena en la que las mujeres de la casa van a un *spa* a hacerse masajes mientras los hombres del hogar secuestran a su primera víctima. Los cambios de un mundo a otro se producen por cortes abruptos: De una fiesta o una reunión familiar, a la realidad del sótano o del baño de Alejandro. Los contrastes están también en los contactos de la familia. La visita de un cura es, en principio, parte de la imagen de familia perfecta y católica que profesaban públicamente y al mismo tiempo, el ejemplo de la convivencia entre civiles y militares en la apropiación ilegal de bebés.



Muchas veces, las producciones audiovisuales deciden utilizar distintos signos iconográficos que funcionan como señales para el espectador, fuertemente convencionalizadas y con un significado fijo. Por ejemplo, ubicar a los personajes “buenos” con un tipo de vestimenta y a los malos con otra como los sombreros blancos de los héroes y los negros de los villanos en los westerns. En *Historia de un clan*, esto no es así. Los secuestrados y los secuestradores comparten el mismo estilo de vestimenta, los mismos espacios.

Cierre

La banda de los Puccio fue un resabio de la dictadura. En *Historia de un clan* tenemos un ejemplo de lo que era esta Argentina de transición. Vemos cómo afectó el ocaso de la dictadura a algunos sectores de la sociedad. La familia tenía poco vínculo real con sus vecinos. Sin embargo, cuando Epifanía se entera de que su hija, Silvia está embarazada convoca a un cura que la persuade de entregarle el bebé, ya que él le puede evitar la deshonra a la familia y ubicar al bebé con otra familia. Él tiene experiencia porque “ubicó a cientos de bebés de guerrilleros que terminaron viviendo con familias preciosas”. Los contactos serán pocos, pero todos vinculados con la forma de solucionar “problemas” del periodo 1976-1983. Y más allá de esta fecha, también. En un momento el personaje de Verónica Llinás le pregunta a Arquímedes el porqué de los secuestros. Y el líder de la familia le responde, con la máscara del dictador Jorge Rafael Videla cubriendo su rostro: “Porque no podemos parar”. En esta línea queda en claro la necesidad de continuar las actividades incluso sin el amparo del terrorismo de Estado, pero como un modo de ser, un rasgo de la personalidad de estos militares muy arraigado. A partir de 2003, la Justicia argentina empezó a juzgar a los asesinos de la dictadura. El avance y multiplicación de esos juicios, sumados a la política activa en términos de derechos humanos, van con los años generando conciencia social sobre lo sucedido. *Historia de un clan* puede enmarcarse en estos relatos audiovisuales sobre la dictadura militar y sus complicidades civiles. La sociedad argentina desea dejar atrás estos viejos fantasmas de la impunidad y las complicidades civiles con la dictadura.

Bibliografía

Casetti, F.; Di Chio, F. (1991) *Cómo analizar un film*. Barcelona: Paidós.

* Licenciado en Comunicación (UNGS). Magíster en Diseño Comunicacional. Se desempeña como Investigador-Docente en la Licenciatura en Comunicación y en la Licenciatura en Cultura y Lenguajes Artísticos de la Universidad Nacional de General Sarmiento. E.mail: pablogullino@gmail.com